

El refugio más cercano estaba en la iglesia de Sant Felip Neri, y no tardamos más de dos minutos en llegar. A mí aquel día me hubiera gustado quedarme en casa para ver los aviones desde la azotea, como hacían algunos amigos míos que no siempre iban al refugio cuando sonaban las alarmas. No todo el mundo pensaba como mi madre; había gente que no tenía mucha confianza en los refugios porque en algunos habían caído bombas y de poco habían servido.

Pero aquella noche del 25 de enero de 1938, cuando por fin cesó el bombardeo y pudimos salir del refugio, tuve la oportunidad de presenciar la cosa más maravillosa que jamás había visto. Una extraña luminosidad apareció por detrás del Tibidabo, y todo el mundo se quedó asombrado contemplando aquel prodigioso espectáculo que nadie sabía exactamente lo que era. La gente estaba tan sorprendida que pronto empezaron a hablar de milagros y de que aquello significaba el fin de la guerra. Claro que al día siguiente, los periódicos aclararon que aquel fenómeno, muy raro en estas latitudes, era una aurora boreal, y que había sido

observado en casi toda Europa. De todos modos, aún quedó mucha gente que prefería creer en un fenómeno sobrenatural y aquello les ayudó a mantener la esperanza de que el cese de los bombardeos sería cuestión de poco tiempo.

Los días iban pasando, pero mamá no mejoraba. Yo le había oído decir al médico que debía guardar reposo y, sobre todo, que tenía que beber mucha leche porque había algo en sus pulmones que no funcionaba como era debido. Pero, naturalmente, conseguir leche en aquellos días era casi imposible si no tenías mucho dinero, ya que andaba escasísima y sólo se encontraba de estraperlo. Entonces, una vez más, la señorita Ana fue providencial ya que consiguió que los dueños de una lechería de Sarriá, que todavía tenían algunas vacas, nos vendieran un litro de leche dos veces por semana. Pero como Sarriá estaba muy lejos de casa y mamá todavía me tenía por un chiquillo, no quiso aceptar de ninguna de las maneras que yo fuera solo porque tenía miedo de que pudiera ocurrirme alguna desgracia durante los bombardeos. Así que finalmente no tuve más remedio que aguantarme y dejar que

Don Eusebio, al oír aquello, se puso rojo como un tomate y, tras dejar el acordeón sobre el banco de madera, empezó a gritar como un loco, agitando los brazos teatralmente.

—¡Pandilla de desagradecidos! Uno se deja la salud para enseñaros un oficio y vosotros me lo pagáis así... ¿Por qué? ¿Acaso me odiáis? ¿Acaso yo os doy mala vida...?

—Abuelo, no se altere o le dará una angina de pecho.

—¡Cállate, desvergonzada!

Entonces, don Eusebio se levantó y empezó a ir de un lado a otro, murmurando palabrotas y lanzando miradas asesinas a su hijo, que, imperturbable, contemplaba la escena sin pestañear.

—¿Y tú no piensas decir nada? —le soltó el viejo, plantándose delante de su hijo.

—¿Y qué quiere que diga, padre? Si la niña no quiere hacerlo a su modo, déjela que lo haga como ella quiera. A fin de cuentas, el público sólo quiere verle las piernas...

—¡Desgraciado! ¿Y a ti de qué te ha servido todo lo que te he enseñado en la vida? ¿Acaso no

has aprendido que las cosas hay que hacerlas como Dios manda?

—Sí, padre, pero usted no es Dios... ¿o sí?

Entonces, el viejo alzó las manos hacia el techo y exclamó:

—¿Lo oyes, María? Ni tan siquiera respetan el nombre de Dios... ¿Qué he hecho yo para merecer un castigo así?

Aquello me impresionó mucho y no pude reprimirme. Me acerqué a Leonor y le pregunté en voz baja:

—Oye, ¿por qué tu abuelo habla con la Virgen María?

Leonor me miró irónicamente y me contestó:

—Estás muy equivocado. El abuelo, cuando se pone así, con quien habla es con mi abuela, que, como está muerta, no le lleva la contraria...

Antonio, viendo que su padre cada vez estaba más alterado, intervino de nuevo.

—Vamos, padre, tranquilícese. No es necesario que convierta esto en un auto sacramental.

Pero aquello todavía empeoró las cosas mucho más, ya que don Eusebio, al oír aquellas palabras